

gasta se encargará de la Presidencia y la secretaria de Estado el general Martínez Campos.

Correspondencia particular de EL DIARIO DE CORDOBA.

Madrid 1.º de Agosto de 1883. Sr. Director de EL DIARIO DE CORDOBA:

Mi querido amigo. No poco se habla hoy de la entrevista ayer celebrada, ó por mejor decir de la visita hecha ayer al señor Martos por el general Serrano: la conferencia duró dos horas largas, y esto es base para que los calculistas se despachen á sus anchas sobre lo que se trató y lo que se dejó de tratar en ella. De cuantos rumores y comentarios en este sentido se hacen, lo que parece confirmarse es la celebracion de una junta magna en Biarritz, despues de la cual empezarán los trabajos de propaganda de la izquierda, iniciándolos los señores Serrano y Balaguer en Ocaña.

En cuanto á la reunion magna de Biarritz, es cosa segura que tiene por objeto la proclamacion oficial del señor Martos como gefe civil de la izquierda; á este efecto, concurrirán todos los hombres importantes del partido.

Despues habrá otra reunion en Lourizan, aunque esta sin carácter político, sino únicamente como obsequio que el señor Montero Rios quiere hacer á sus compañeros del directorio teniéndolos á su mesa durante algunos dias.

La preferencia de Biarritz á Lourizan para proclamar al señor Martos como gefe de la izquierda, ha dado lugar á que se piense por algunos que el señor Montero Rios no está conforme con esta última decision del duque de la Torre. Todo ello es infundado; Montero Rios no desconoce que la posicion adquirida por el señor Martos le hace ser gefe indiscutible de la izquierda, y no llegará jamás á manifestarse disgustado porque se cumpla lo que la opinion general del partido reclama, segun se ha visto en los telegramas de felicitacion publicado por la prensa, con motivo de su última campaña en el Congreso.

Empieza á agitarse entre los conservadores el pensamiento de celebrar un honor del señor Martos.

comendada al tiempo, que no echarnos á volar para que quede descifrado el valor real y positivo del contrasentido que encierra.

Tambien se han recibido estos dias cartas de San Sebastian, en que el señor Romero Robledo escita á sus amigos para que sigan activamente los trabajos electorales, y la revision y reclamacion del censo. Esta conducta del segundo gefe de los conservadores es aplaudida por hombres de todos los partidos, puesto que se reconoce que si todos los hombres políticos siguieran ese camino, seria la manera eficaz de que pronto fuese una verdad en España el cuerpo electoral, y por consecuencia, el sistema representativo, cuya virtualidad, por desgracia, es muy discutible todavia.

Llegó el momento de tratar de las senadurias vitalicias: el gobierno no puede seguir resistiendo las exigencias de los que se estiman con meritos bastantes para aspirar á ellas, y tendrá necesidad de proveer las vacantes con más anticipacion de la que juzgaba oportuno. Los candidatos que hasta hoy tienen mas probabilidades de triunfar en su aspiracion siendo honrados con el alto cargo de senadores vitalicios, son los señores general Cervino, don Juan Garcia Torres, marqués de Muros, general Tassara, don Diego Garcia, marqués de Bendaña, don Sebastian de la Fuente Alcazar, don Eugenio Alan, general Terreros, don José de la Torre Villanueva, marqués de Arlanza, conde de Villardompardo, don Feliciano Herberos de Tejada, don Vicente Romero Giron, don Fernando Corradi, don Tomás Mosquera, marqués de Castro Serna, general Despujols, marqués de Fuente Santa, marqués de Casa la Iglesia, don Alejandro Groizard, señor Ainetto, don Francisco de los Rios y Rosas, el conde de Egaña y el señor obispo de Badajoz.

Dicho se está que aquí hay quien suprime unos nombres y coloca otros, pero la lista anterior sufrirá variaciones escasísimas, si sufre algunas.

Y nada más por hoy digno de ser especialmente mencionado, por lo que hace al interior de España.

Del extranjero lo mas interesante es lo que se refiere al terremoto de Ischia, mas atterradoras de las que heido partes oficiales, seis mil el

hay una anilla forma de tres pliegues huecos en cuyo derredor baja un doble rizado de encaje. No en el lado izquierdo. Una drapería de seda de China forma un delantal pógido muy alto á la derecha y cayen á la izquierda, y por detrás hay un pógido añadido á la falda y que la cubre completamente. El cuerpo, puntiagudo por delante, lleva una pechera de enje añadida y forma por detrás una punta á la que se prende el recogido. Mangas de codo guarnecida con una pequeña aperia de encaje y una lazada de cinta de raso. Sombrero Enrique II, de pa negra, adornado con encaje crudo y á multicolores.

He ahí el primero de los elegantes modelos que he mitido para este número. Hablaré de otros dos para el mismo uso.

El primero es de velo color oscuro, bordado de rojo vivo. La falda figurada está cubierta en dos volantes de velo bordado, y encima de estos volantes una parte de velo lis forma ahuecado. Una echarpe de sura del mismo color del velo, pasa á la derecha entre los dos volantes y cae en medio. Por detrás de la falda, se prenden el bajo del cuerpo un paño doble de l altura de la falda y plegado en todos largo, y sus dos caídas se reunen en una sola por una costura en medio abriendo toda la parte de detrás de la falda. El cuerpo es de velo liso. Los delateros redondeados están guarnecidos en una banda bordada que forma fieltor delante y dá vuelta á la faldeta. La espalda, de corte inglés, oculta su punto bajo el paño de la falda. Manga de codo con bocamanga bordada. Capelina de paño inglesa forrada de terciopelo encarnado, cintas de terciopelo encarnado y corona de rosas y florecillas azules. Sombrilla de seda de China guarnecida con una banda bordada y un volante de encaje.

El segundo vestido es de cachemir de la India gris acero y tiene la falda redonda terminada por un volante rizado y un ancho seigo de terciopelo que pasa por encima. La túnica se compone de un delantal recogido y redondeado en el bajo, y por detrás hay un gran recogido que termina con una parte derecha y plegada. El cuerpo tiene una faldeta corta y queda plegado por delante.

Una cinta de terciopelo dá vuelta al talle y se anuda en medio en la punta del cuerpo. Manga de codo con bocamanga de terciopelo. Sombrero de fantasía de dos tonos, azul con drapería y adorno.

fornado de terciopelo y paño azul con drapería y adorno. No abandonemos á la italiana agris sin conocer otro modelo de legado y encaje de Malines. La falda redonda con volante plegado á la izquierda y un alto encaje. Watteau, formando plegados cayendo redonda por delante y lados, prendida cerca de las caderas, mo las antiguas dobles faldas, que hace tres grandes draperías detrás hay un recogido que arrebaja del talle en la punta de Este hace una pequeña punta y se abotona derecho. Cuello ancho y manga de codo con volante de encaje. Sombrero de paja Manila con drapería de muselina de seda bordada y flores de azul. Sombrilla de maravilloso con guarnicion de encaje. Las faldas para debajo de los vestidos

deben mencionarse porque se hacen tambien muy lujosas. Citaré una de surah azul con adorno de encaje crudo. Al borde de la enagua hay un encaje en forma de volante y encima un alto volante de surah con cabeza abullcnada y seis hileras de fruncidos, todo ello cogido á la altura del volante con encaje al borde. Sobre los paños de detrás se sobrepone tres volantes realizados de encaje, para formar ahuecador; la lazada de cinta sirve para estrechar más ó menos.

Otro modelo es de surah crema con guarnicion de encaje crema. Seis volantes de encaje cubren la enagua, sostenidos por plegados de surah que sobresalen algunos centímetros. Por cabeza al último volante de encaje hay un abullcnado de surah crema.

La lenceria de lujo sigue distinguiéndose por sus elegantes creaciones. He aquí una camisa de dormir hecha de surah crema con guarnicion de encaje y cinta azul. El cuello está fruncido y los fruncidos se prolongan en pliegues en la pechera. Doble espiral de encaje desde el cuello bajo un lazo de cinta de raso granate. Cinturon de cinta formando gran lazada. Manga fruncida con un volante y una cinta que forma viso bajo un abullcnado se anuda de lado. Encaje al borde de la camisa y en el cuello.

Terminaré con la descripcion de un modelo de traje para niña de diez á doce años. Es de tela escocesa y tela azul. Falda escocesa plegada con anchos pliegues planos, y túnica princesa plegada en la espalda y cruzada por delante sobre un chaleco escocés; en la manga adorno escocés. El recogido de la túnica figura dos ahuecadores caidos sujetos por delante con un lazo de largas lazadas; por detrás, donde se detienen los pliegues se dispone la tela para formar como una cabeza, rizada y luego sale el recogido. Un lazo á la izquierda y otro en el hombro. Este trajecito es tan sencillo como elegante.

Ernestina. Paris 28 Julio 1883. (Es propiedad.)

Gacetillas.

Celo laudable.—Debido tanto al esquisito tacto y actividad, como á la energía desplegadas por el dignísimo gobernador civil de esta provincia don Luis Antúñez, casí se ha resuelto la crisis lamentable, que por efecto de la morosidad de los pueblos en sus pagos venia atravesando la Excm. Diputacion provincial. Sabemos que esta Corporacion, gracias á las acertadas medidas de aquella digna autoridad, viene haciendo efectivos sus cuantiosos créditos, y hemos el mayor gusto en consignar que el señor ordenador de pagos, don Manuel querido amigo don Leopoldo Calderon, al hacer la distribucion de las cantidades que ingresa, viene considerando como son las de Beneficencia é Instrukcion pública, y sacando así á los establecimientos, que por estos conceptos ostiene la provincia, de la situacion lictiva en que se encontraban. Nuestro mas entusiasta y sincero aplauso para el señor Gobernador, y para el señor vicepresidente de la Diputacion.

Variedades.

CRÓNICA DE LA MODA.

SUMARIO.—Las modas en Dieppe y en Tronville.—Las elegancias para las playas y los casinos.—Descripcion de diferentes modelos de vestidos á cual más lujosos.—Las faldas para debajo hechas de surah con guarnicion de encaje.—La lenceria elegante.—Modas para niñas de diez á doce años. Comenzaré describiendo un modelo de vestido de playa que hará comprender á maestras lectras cual el lujo que se ostenta actualmente en Dieppe y en Tronville. Es de seda de China y encaje crudo, y su falda redonda termina con un plegado de seda de China y tiene todo el delantero cubierto de volantes de encaje escalonados. Al lado derecho

rand con él, con la música al frente, entró á la bayoneta. Desde el valle, no se podia á causa de la niebla que se levantaba muy lentamente, distinguir los progresos de las tropas, pero la música lo indicaba, y si de vez en cuando el estampido del cañon oscurecia sus ecos, en dos intervalos, oíase la Marsellesa, ante cuyos acordes debian irse abriendo las puertas de casi todas las capitales de Europa. Los ecos de la música, que se alejaba mas cada vez, hicieron comprender á Dumouriez que habia llegado el momento de lanzar á su joven héroe; se pone éste á la cabeza de una columna que al ver desfilar á la caballeria austriaca vacila próximo á retroceder, renne á los más esforzados, forma un batallon al que da el nombre de Jemmapes, y saltando á tierra porque su caballo no puede trepar por las escabrosidades de la montaña, penetra con sus valientes entre el fuego mortífero del enemigo, llega á la al-

—¡A fé mia que no aguardaba más que á vos, para asegurar el éxito de la batalla! Vos traéis la dicha. Vos llevaréis á la Convencion las banderas cogidas en Jemmapes, como llevásteis las de Valmy. Santiago se puso á la mesa. Todo el estado mayor cenó con la sopa de coliflor, el pollo y queso, y despues cada cual se envolvió en una manta y aguardó el dia. Una hora antes de amanecer, Dumouriez estaba listo, porque no ignoraba la noche que sus soldados habian pasado y sabia que tenia necesidad de animarlos. El ejército francés habia pasado en efecto toda la noche arma al brazo en una llanura húmeda donde le habia sido imposible hacer encender fuego. Esta noche Beaulieu habia propuesto por segunda vez caer sobre las masas enemigas, débiles y entumecidas, y destruir las. Como la primera vez, el general en jefe habia rehusado.

Llegada.—Anteayer regresó de esta capital Excmo. señor marqués de Boil, y ayer se hizo cargo de la caldia.

El vigia.—Ahora en el disco de Júpiter—se observa una mancha roja—Así de los puntos negros—irá pasando la moda.

Novillada.—Para la que celebró el gremio de peluqueros y barberos el dia cinco del actual, aumentada cada vez más el número de accionistas los novillos, pertenecientes á la ganaderia de don Manuel Garcia, son de diez y medio á tres años. El dia de la corrida se abrieron las puertas de la plaza las dos de la tarde y la funcion empezará á las cinco. Ya veremos los valientes hacer la barba á los novillos.

Recaudacion.—He aquí la lista contenida en los felietos de esta capital el dia 1.º del corriente.—Central, presupuesto de ampliacion, 7 pesetas 87 céntimos.—Id. corriente, 39'90.—Pueblo bastian 507'08.—Victoria 266'79.—Matadero 598'18.—De las 3750 pesetas 65 céntimos recaudadas, corresponden al Tesoro 1773'97.—A la provincia Municipio 1773'97.—Adicionadas 202'00.

Real decreto.—Se ha publicado un decreto disponiendo que la supresion del recargo de diez por ciento sobre el precio de transporte de viajeros por ferrocarriles ordenada en la ley facultativa de treinta de julio, quede establecida desde el dia veinte del mes actual.

El diablo las descarga.—Una pistola de dos cañones le fué regida anteanoche á un individuo por guardia municipal.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

El aguador.—Aquí en nuestra Andalucía—tiene su borrico cano; es el robusto asturiano—que en Castilla se espatria.—Es un viejo diligente, hablador y macareno,—y marcha alegre á la fuente—por ver su cántaro lleno. Allí entabla mil quimeras,—si pone caño la caña;—mas listas sus agudezas—se aleja con su alimaña.—Y dá mil tropezones—vá con su carga sencilla,—entonando sus canciones—mientras suena la esquiliilla.—Antiguo trabajador—del campo en su juventud,—vejez y sin salud—tuvo que hacer aguador.—Y cuando con marcha incierta—vaga por calle sombría,—recuerda con alegría—los verdores de su huerto—los tablazos de melones,—que eran encanto y su gloria,—y los frescos cilindros—de la apollillada noria,—con su eterno chirrido—mientras trabajaba ufano,—atormentaba su oido las siestas del verano.—Pobre aguador cuyo anhelo—es el que el agua escasa—para que surta la casa—canta manso borricuelo.—Si llega el invierno,—¿quién te busca, quién te llama si el arroyo se derrama—y rompedor cauce el río?—Ahora constante le ves haciendo de listo alarde—en las plazas por la tarde,—por la noche en el púlpito.—Lo que ganas no me esplico,—tu actividad maravilla;—cuando dejas el trabajo—abrazas tu cantarilla,—y escuchas con gran placer—que tu voz castañetea:—«señores, agua fresquita,—agua fresca de beber.»—Ese misero cascabel con que ganas el sustento,—ese constante trabajo,—ese eterno movimiento—te dán inmenso valor—en nuestra patria en verano,—y en describirte ufano,—honrado y viejo aguador.

